

Si aquellos grupos, agencias e instituciones de la comunidad que se consideran moralmente sensibles y socialmente inteligentes persisten en tratar los problemas actuales sólo bajo condición de que los derechos básicos existentes no deben ni destruirse ni reajustarse, no hacen más que caer en manos de los deterministas que desprecian los esfuerzos de la sociedad por resolver sus problemas a la luz de la visión moral y con el empleo de la inteligencia.

Tal vez tengan razón los deterministas. Aún no hemos probado que no la tienen. Los individuos que gozan de gran poder, no se despojarán a sí mismos, en gran número, de sus privilegios, por inteligentes que estos individuos sean. Porque es demasiado fácil emplear la inteligencia para inventar razones que justifiquen las ventajas y los deseos propios. Pero los individuos de gran poder son relativamente pocos. La mayoría de nosotros prójimos,

somos observadores bastantes desinteresados. Ello es especialmente cierto en una nación de tan numerosa clase media como los Estados Unidos. Y las instituciones como las escuelas y las iglesias, ejercen considerable influencia en las clases medias. Por consiguiente, suya es la oportunidad de ayudar a los hombres a comprender hacia dónde nos lleva la lógica de la civilización moderna. Podrían, si tuvieran el valor y la visión para ello, desarrollar un punto de vista moral de la vida que no se detuviera en los umbrales de la reorganización de la sociedad. Toda pretensión moral que se detenga en ese punto, resultará vana a la postre. La debilidad crónica de nuestro «idealismo» convencional consiste en que evade romper lanzas definitivamente con las presunciones y los prejuicios básicos. Si no se llega a curar esta debilidad, el porvenir de la sociedad moderna lo determinarán conflictos, que no medios pacíficos.

Reinhold Niebuhr

Nueva York, enero de 1931.

Estampas

No apartemos los ojos de Nicaragua Cuidado con envilecernos!

= Colaboración directa =

La ocupación militar extranjera que humilla a Nicaragua atraviesa una fase delicada. Nicaragua no se ha envilecido y aunque las agencias de imperialismo norteamericanas presenten la ocupación influida de un destino civilizador, ese pueblo adivina que la mira es destruirle su dignidad y su decoro, fundamentos de toda patria verdadera. En la defensa de esos principios lucha Nicaragua contra la marinería poseída de la creencia de que su misión es de exterminio del bandidaje. Los agentes del imperialismo difunden e inculcan esa idea. Raymond Leslie Buell, agente del imperialismo sin asperezas, sin estridencias, dice del otro imperialismo, el del Departamento de Estado: «Fieles a nuestra tradición puritana, nos negamos a ser francos con nosotros mismos. Nuestros móviles son siempre altruistas, no importa lo discutibles que puedan ser nuestras acciones. Un funcionario del gobierno acaba de declarar públicamente que la intervención de los Estados Unidos trae «prosperidad» a los pueblos del Caribe. A Nicaragua y a Haití hemos entrado con el propósito de «hacer el bien» a estos pueblos. El imperialista norteamericano es como el misionero a la antigua: tiene un mensaje que llevar al resto del mundo. Pero mientras el misionero confía simplemente en sus capacidades de persuasión para hacer llegar su mensaje, el imperialismo norteamericano cree en «hacer el bien» por la fuerza militar.»

A pesar del bien que la marinería hace a Nicaragua, la ocupación pasa sus días de prueba. El Departamento de Estado lo ha comprendido claramente al no querer confiar ni al correo ni al telégrafo las instrucciones para que la ocupación

no se desequilibre. Ha hecho presentarse a su propio seno a los ejecutores de ese bien en Nicaragua, señores Matthew E. Hanna, Ministro, y Douglas G. McDougal, jefe de la Guardia Nacional. La misión civilizadora que los políticos yanquis se han impuesto no quedará trunca. No empiezan ellos empresas que no puedan impulsar hasta el final. La fuerza militar las respalda. Cuando estos países cometen yerros cuyas consecuencias el Departamento de Estado tiene que controlar, la ocupación es la tragedia final. Nicaragua ha cometido yerros. El más grande todos es innato. Está en su geografía. El astuto Buell observa que «el Departamento de Estado ha sido extraordinariamente sensible a las condiciones de Nicaragua, a causa del temor de que alguna potencia extraña pudiera obtener los derechos para construir el canal». Este yerro geográfico es el móvil de la ocupación que realiza la marinería.

Nicaragua tiene que interesarnos profundamente. No creamos que su caso es aislado. El daño que sufra su soberanía es daño que sufrirá la nuestra. Detengámonos a reflexionar en las noticias cablegráficas que nos hablan a menudo de luchas de la marinería yanqui contra el bandidaje, de elecciones controladas por esa marinería, de la Guardia Nacional capitaneada por la marinería. No pasemos los ojos indiferentes. El Departamento de Estado sólo ve en estos pueblos al nativo. A todos da trato de vasallos. A todos lanza su marinería vulgar y asoladora. Mentira que en Nicaragua exista ningún problema de civilización que estén resolviendo. Es la presa lo que se cuida. Y cuando esa presa se que-

ja y mata al soldado de ocupación, surge la invención del bandidaje. Y esto hace Nicaragua, reclamar su soberanía. En forma tan viril pide justicia, que la ocupación yanqui esta amenazada.

La marinería no puede seguir señoreándose en un pueblo que no se ha envilecido. Esto lo afirmamos pensando en las innumerables depredaciones llevadas a cabo por las fuerzas de ocupación. Son abominables, encaminadas a convertir a Nicaragua en una población desgraciada, muerta para todo sentimiento vivo de la patria. De esos actos inhumanos hacen ostentación, poniéndolos a circular en relatos para la prensa yanqui. «Mientras operaban los marinos en Nueva Segovia —dice el ex-marino E. Bruquiere— destruían ese departamento de todo alimento animal o vegetal, en la esperanza de forzar a las tropas de Sandino al abandono de la región.» Es decir, una inmensa región se asolaba y se echaba la miseria y el exterminio a sus pobladores. ¿Es posible que ese satanismo no sea abatido? Será abatido por la energía que Nicaragua saca de su entraña heroicamente. No se le ha envilecido y su poder para redimirse crece conforme aumenta el sacrificio en que está sumida.

El mismo ex-marino Bruquiere dice que si siete mil marinos no han podido acabar con el bandidaje en Nicaragua, se debe a las dificultades naturales que ofrece el territorio en que operan. Es decir, para el ex-marino el bandidaje no es una fuerza por sí misma. Pero a esta afirmación hay que oponerle la que nos dicta un sentimiento de respeto por un pueblo viril y decoroso, la afirmación de que una patria no se destruye mientras esté sustentada en el corazón de sus hijos. Es por esto que siete mil soldados provistos de todos los medios de destrucción no han podido acabar con el bandidaje, es decir, con Nicaragua. El fracaso lo comprende el Departamento de Estado cuando emplaza a los ejecutores de la ocupación en su propio seno para anunciar luego que acabará con ella.

Otro ex-marino, Dion Williams, ha informado al Departamento de Estado que «es evidente que el bandidaje en Nicaragua no puede exterminarse por completo en un tiempo razonable bajo las actuales circunstancias. Esto se llevará a cabo únicamente abriendo el país entero mediante la construcción de buenos caminos... Es indudable que el bandidaje podría exterminarse prácticamente mediante operaciones militares, pero el costo de vidas no justificaría tal solución del problema.»

Está, pues, el Departamento de Estado norteamericano ante el dilema de ver fracasar su empresa civilizadora en Nicaragua, o empujarla con un costo grande de vidas. El anuncio de que serán reducidos a su expresión mínima los marinos revela que ya hay una táctica a seguir. Lo que las voces vigilantes de la América nuestra deben hacer sentir a ese imperializante Departamento de Estado, es que el bandidaje que le ha salido al frente en Nicaragua es una gran enseñanza para todos estos pueblos. Pensando en ese execrado bandidaje